

FRED MUSTARD STEWART



ELLIS ISLAND

Ellis Island toma su nombre del centro de inmigración, en la Bahía de Nueva York, por donde entraban en los Estados Unidos, en los primeros años de nuestro siglo y hasta el final de la primera guerra mundial, la mayor parte de los europeos que deseaban emigrar.

La historia nacional norteamericana, entre 1907 y 1920, nos es relatada desde la perspectiva de cinco inmigrantes: el judío ucraniano Jacob Rubinstein, las hermanas irlandesas Bridget y Georgie O'Donnell, el campesino calabrés Marco Santorelli y el labriego, minero y sindicalista checo Tomas Baniceck.

Desde los medios más humildes hasta los más aristocráticos, *Ellis Island* edifica, con infrecuente rigor narrativo, una reconstrucción subyugante y significativa de un período crucial en la historia del país.

La adaptación fílmica para televisión de la presente novela fue la última actuación de Richard Burton ante las cámaras.

NOTA DEL AUTOR

Por sus excelentes sugerencias, deseo dar las gracias a mi editor, Pat Golbitz. Agradezco su entusiasmo a mi agente, Owen Laster. Por guiarme a través de *Ellis Island*, quiero dar las gracias a Jonathan Russo. Y doy las gracias también a Gabe Katzka y Pat Johnston.

Por su infatigable apoyo y entusiasmo, sus maravillosas ideas y su fe en el proyecto, no sólo doy las gracias a mi mujer, Joan, sino que le dedico este libro con amor.

F. M. S.

INTRODUCCIÓN

Para millones de europeos pobres, el sueño era América, y la puerta que daba a este sueño era Ellis Island.

Ahí sigue: treinta y siete acres de roca en la Bahía del Alto Nueva York, no lejos de la estatua de la Libertad, al sudoeste de la parte baja de Manhattan. Llamada originalmente Gibbet Island, la Isla de la Horca, cuando un pirata fue colgado allí en 1769, fue rebautizada más tarde con el nombre de su propietario, Samuel Ellis. Alrededor de 1800, la nueva nación la convirtió en un fuerte; el gobierno federal se hizo cargo de ella, y durante la mayor parte del siglo diecinueve se la conoció como Fort Gibson. Después de la Guerra Civil fue convertida en un depósito de municiones. Pero en 1892 el diluvio de inmigrantes que cayó sobre América obligó a transformarla en una estación de inmigración. Las primitivas construcciones de madera se quemaron en 1897, y en 1900 se inauguró un nuevo complejo de edificios de ladrillos. Por el edificio principal, llamado simplemente el Centro de Recepción, pasaron los abuelos de quizá la tercera parte de los actuales americanos durante los años de mayor afluencia previos a la primera guerra mundial. Clasifi-

cando alrededor de cinco mil inmigrantes diarios, los médicos e inspectores del gobierno trataban a los candidatos a americanos con considerable humanidad. Con todo, la perspectiva de pasar por el Centro de Recepción —y la posibilidad de ser rechazado— infundía tal terror en los corazones de los inmigrantes que el lugar era conocido por muchos como la Isla de las Lágrimas.

Hoy en día, es una ruina y una reliquia. Cerrada por el gobierno en 1954, y puesta en venta, permaneció sin vigilancia durante diez años, durante los cuales grupos de vándalos procedentes de tierra firme llegaron a remo para robar todos los objetos de metal, el cobre que centelleaba en el techo... en fin, todo lo que no estuviera firmemente clavado. Años de goteras destruyeron el viejo enyesado; actualmente, partes del edificio son irrecuperables. Pero todavía puede uno pasearse por la Gran Sala y muchas de sus habitaciones adyacentes. Aquí, en medio de los escombros, se levanta un viejo piano vertical. Allí, una antigua máquina de coser Singer que quizá fue usada por alguna campesina para remendar la camisa rota de su hijo mientras esperaban ser clasificados. En otro rincón, un viejo ventilador eléctrico que removió el aire en alguna calurosa tarde veraniega de principios de los veinte.

Todo está silencioso ahora, salvo por los graznidos de las gaviotas que se abaten sobre el agua y una ocasional y lúgubre sirena de barco. Si uno se acerca a la isla desde Manhattan, el edificio de ladrillo rojo y de piedra del Centro de Recepción surge de la niebla de la bahía con un aspecto más bien misterioso y tris-

te, como una vieja casa que el tiempo ha olvidado. Pero si se escucha con la imaginación, se puede oír el parloteo de griego, yiddish, italiano, noruego o ruso. Se puede oír llorar a un niño, y a una madre tratando de tranquilizarle, a dos campesinos italianos susurrándose nerviosamente palabras al oído, o a un inspector del Servicio de Inmigración tratando de comunicarse por medio de un agobiado intérprete con un asustado turco. Se puede oír al joven Sam Goldwyn y al joven Felix Frankfurter. Se puede oír las voces de millones de personas, que cambiaron radicalmente y enriquecieron a América.

La mayor parte de ellos son ahora fantasmas, pero deben de ser fantasmas orgullosos.

Ellis Island es la casa encantada de América.

Parte I

EL ÉXODO

Capítulo 1

Treinta caballos salieron galopando del bosque y se dirigieron a través de un nevado campo al pequeño pueblo de Gorodna. Faltaban pocos minutos para las diez de la mañana del 7 de abril de 1907. Los llanos campos de Ucrania eran presa todavía del duro invierno, y la respiración de los caballos y de los cosacos que los montaban se condensaba en el vivificante aire. Los cosacos, que formaban parte de un regimiento con base en la cercana Kiev, llevaban abrigos escarlata de largos faldones que les llegaban hasta las botas, grandes y negros gorros de piel, y cartucheras cruzadas sobre el pecho. Cada hombre era portador de un resplandeciente sable y un fusil Springfield 1903, comprado para el regimiento dos años antes por el Ministerio Imperial de la Guerra, que había quedado impresionado por los informes sobre la eficacia del arma de fabricación americana. Sin embargo, cada fusil terminaba en una extremadamente mortal, extremadamente rusa bayoneta de cuatro filos.

Los cosacos galopaban en silencio hacia Gorodna. Su aspecto hacía honor a su reputación, y su reputación de fiereza era suficiente para infundir terror en los corazones de la mayor parte de Europa.

Gorodna apenas llegaba a los noventa habitantes. El poblado consistía de una calle sin pavimentar bordeada de cabañas de madera. Formaba parte del Territorio de Asentamiento Judío, una zona geográfica en la que los judíos se veían obligados a vivir, y que abarcaba partes de Polonia, Lituania y Ucrania, y había sido establecido por Catalina la Grande en 1791. Todo habitante de Gorodna era judío, y formaba parte de los millones de judíos ashkenazi de habla yiddish que, a lo largo de siglos, habían estado huyendo a la Europa oriental del homicida antisemitismo de los germanos.

A los cosacos se les había ordenado aquella mañana que mataran a todos los judíos de Gorodna e incendiaran el pueblo.

Lydia Rupinski fue la primera en divisar a los cosacos. Era una muchacha de veinticuatro años, madre de dos hijos, y cuyo marido era leñador. Regresaba en aquellos momentos de la tienda de Saúl Panev con una bolsa de cebollas, acompañada de su hijo de cuatro años, Lev. Y entonces vio cómo los cosacos cruzaban el campo en dirección al pueblo.

—¡Cosacos! —gritó, agarrando a Lev de la mano y corriendo hacia su cabaña.

Fue en aquel momento cuando los cosacos lanzaron su odioso grito, un salvaje y espeluznante rugido de furia mortal que retumbó en el aire. Otros lo oyeron. Saúl Panev lo oyó en su tienda, al igual que sus tres clientes. Natasha Mandel, que estaba haciendo la colada, lo oyó también.

Jacob Rubenstein, que acompañaba a su padre, Ilya, lo oyó y paró de tocar el pequeño órgano a peda-

les en el edificio de troncos que hacía el papel de sinagoga.

Ilya Rubenstein, un hombre gigantesco de enorme barba negra, era el cantor de la sinagoga de Gorodna. Un hombre cultivado que en una ocasión había efectuado una gira por Europa con una compañía de ópera. Ilya había llegado a Gorodna y persuadido al rabino ortodoxo —no sin bastante discusión— de que permitiera introducir un sospechoso órgano protestante en la sinagoga. Ahora su rica voz de barítono se calló al oír el grito de los cosacos.

—¡Pogrom! —exclamó mirando a su hijo Jacob.

En Rusia, en 1907, esta palabra tenía el mismo mortal impacto que «Gestapo» tendría treinta años más tarde en Alemania.

—¡La Torá!

Ilya corrió hacia la parte trasera del edificio mientras Jacob se levantaba del órgano. Podía oírse ya el ruido de los disparos delante de la sinagoga, y gritos de horror mezclados con el alarido de los cosacos. Jacob se quedó paralizado por la inseguridad y el miedo. Sabía qué era un pogrom, y había vivido con el temor de él gran parte de su vida, como la mayoría de los judíos rusos. ¿Pero iba realmente a sufrir uno? A sus veinte años, Jacob se dio cuenta de que al cabo de unos minutos probablemente estaría muerto.

Fue en aquel momento cuando las dos puertas de madera de la sinagoga se abrieron violentamente, y entraron dos cosacos montados en sus caballos. Jacob vio que uno de los cosacos apuntaba con el fusil a la parte trasera de la sala. Jacob se dio la vuelta pa-

ra ver cómo su padre sacaba las dos cajas de plata que contenían los rollos de la Torá del santuario.

—¡No! —gritó Jacob, empezando a correr hacia el cosaco.

El fusil ladró. Jacob se volvió otra vez y vio cómo su padre se tambaleaba y caía al suelo, escapándose de sus manos las cajas de la Torá. Simultáneamente, el segundo cosaco arrojó una antorcha encendida a los bancos de madera.

Ahora el primer cosaco, riendo burlescamente, galopaba directamente hacia Jacob. El joven judío de fina barba negra y larga chaqueta, negra también, vio que el fusil apuntaba a su cara. Corrió entonces hacia atrás, agachado. El fusil disparó justo en el momento en que se zambullía, literalmente, detrás del órgano. Estaba tan aterrorizado que, obrando instintivamente, empujó el órgano contra el caballo. El pesado instrumento crujió sobre sus rodajas; y luego se produjo un ruido sordo y un choque. Jacob vio que el caballo se tambaleaba cayendo contra el órgano y arrojando al suelo al sorprendido cosaco.

—¡Sucio judío! —gritó el otro cosaco, que seguía montado.

Había sacado una lata de gasolina de su alforja y vaciado su contenido sobre las llamas, convirtiendo instantáneamente un sector de la sinagoga en un infierno. Y ahora el humo y el fuego habían asustado a su caballo dando a Jacob los segundos necesarios para salvar su vida. El muchacho corrió hacia la parte trasera de la sinagoga. Se detuvo al lado de su padre, se agachó y miró horrorizado el sangrante agujero de bala en la parte de atrás de la cabeza. Dándose cuen-

ta de que su padre estaba muerto, alargó la mano para coger los rollos de la Torá cuando oyó el golpeteo de los cascos del caballo contra el suelo acercándose a él. El cosaco, con una barba tan fiera como la de Ilya Rubenstein y aullando como un maníaco, se había colgado el fusil al hombro y llevaba alzado el sable en su mano derecha, con intención de decapitar a Jacob.

Apenas había transcurrido un minuto desde que los cosacos irrumpieran en la pequeña sinagoga; la acción había sido tan forzada, tan violenta, tan rápida, que Jacob se encontraba todavía en un estado de confusión e incredulidad. Pero cuando el caballo se dirigió con estrépito hacia él —estaba ya a menos de tres metros de distancia—, sus pies pensaron por sí solos. Corrió hacia la puerta trasera, la abrió de golpe y salió al nevado campo que había detrás del edificio en llamas, cerrando la puerta tras de sí.

Corre, salva la vida, pensó. ¡Salva la vida! ¡El bosque! Si pudieras llegar al bosque...

El frío aire le cortaba la delgada y sudorosa cara mientras corría. El bosque estaba al otro lado del campo, y la nieve dificultaba enormemente su carrera; pero Jacob corrió; su alto y enjuto cuerpo luchaba por sobrevivir.

Oyó un disparo. No se detuvo, pero miró hacia atrás. El cosaco había abierto la puerta, conducido su caballo afuera y disparado. Pero falló. *¡Sigue corriendo!* El cosaco volvió a montar; el caballo galopaba ahora detrás de él.

¡Sigue corriendo!

Un nuevo disparo, y algo le quemó en el muslo. Cayó hacia adelante en la nieve, cogiéndose la pierna

con la mano; la sangre empezaba ya a mancharle los pantalones. Rodó por el suelo y se sentó, mirando fijamente al cosaco que galopaba hacia él.

Va a dispararme... en la cara... va a matarme...

Presa del pánico, trató de levantarse de nuevo, pero su pierna herida le falló y cayó hacia atrás en la nieve. Algo le lastimó la espalda. Castañeteándole los dientes de frío y de miedo, sudando, sintiendo el dolor de la herida, puso la mano bajo su cuerpo y notó la piedra.

Otra vez el cosaco estaba a menos de tres metros de distancia, lanzado hacia él como un rugiente tren expreso de la muerte, apuntando su fusil con ambas manos, demostrando el soberbio jinete que era al mantener el equilibrio sobre el enorme corcel sólo con sus rodillas.

Jacob se enderezó y arrojó la piedra con todas sus fuerzas.

Para su asombro, la piedra golpeó al cosaco en la frente, y el hombre cayó del caballo.

Entonces no hubo más que silencio, salvo por los lejanos disparos de Gorodna.

Lentamente, Jacob se puso en pie. El caballo se había detenido y estaba olisqueando a su inconsciente dueño. Jacob anduvo cojeando por la nieve hasta el cosaco. Luego alargó la mano y cogió el fusil.

Era la primera vez en su joven vida que tenía un fusil en sus manos. Lo miró, y luego miró al cosaco, y el pueblo en donde había pasado toda su vida. Gorodna estaba ardiendo; los cosacos habían hecho bien su trabajo. Llamas y humo subían hasta al frío cielo azul. Parecía imposible; imposible que su padre estuviera

muerto, imposible que en menos de cinco minutos toda su vida hubiera cambiado.

Había lágrimas en sus ojos castaños mientras apuntaba con el fusil al pecho del cosaco. Lágrimas de pena, de rabia, de odio. ¿Por qué había sucedido aquello? ¿Qué había hecho su padre... Ilya Rubenstein, un hombre bondadoso, amante de la música, que jamás había hecho daño a nadie en su vida?

—¡Bastardo! —gritó, en yiddish. Luego lo repitió en ruso, olvidando que el idioma nada le importaba al hombre inconsciente.

Empezó a apretar el gatillo, y entonces se dio cuenta de que no podía hacerlo. ¿Asesinar a un hombre inconsciente a sangre fría? ¿Matar a alguien... aunque fuera uno de los asesinos de su padre?

Entonces, repentinamente, lo hizo.

El fusil disparó, y luego dio un culatazo; el cosaco se retorció; el caballo gañó y dio un brinco.

Jacob Rubenstein se quedó mirando fijamente la sangre que se extendía por el pecho del cosaco.

He matado a un hombre.

Entonces, colocándose el fusil al hombro, se dirigió cojeando hacia el caballo, agarró las riendas, puso su pie izquierdo en el estribo y montó, sintiendo una punzada de dolor.

He matado a un hombre, mi padre está muerto, Gorodna está ardiendo... Oh, Dios, ¿qué voy a hacer ahora?

Apretando con su pie izquierdo el flanco del caballo, empezó a galopar hacia el bosque. Un instante antes de penetrar en él se volvió para echar una mirada

a su pasado en llamas. Luego, se introdujo en la espesura.